

AÑO XVIII.—NÚM. 5429.

11 DE JULIO DE 1879.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 11 de Julio de 1879.

MELANCOLIA DE LOS HOMBRES CÉLEBRES.

Dijo Aristóteles en griego, repitió Cicerón en latín, y lo han reproducido en sus respectivos idiomas las naciones modernas: *todos los hombres de talento padecen de melancolía.*

¡Inexorable sistema de las compensaciones! La hermosura, el talento, la riqueza, la fama, la gloria, las dotes más relevantes y envidiadas, todo tiene su lado flaco, todo se halla fatalmente compensado con inconvenientes y desventajas. No envidieis al poeta, ni al artista, ni al guerrero ilustre, ni á los pensadores profundos, ni á los sabios, porque en medio de sus triunfos y aplausos, de sus palmas y laureles, llevan una espina clavada en el corazón; son melancólicos, y acaban por cobrar invencible tedio á la vida.

Esta verdad se adivina, desde luego, por el reciocinio, y la comprueba la historia de todos los hombres célebres por su talento.

En efecto, la melancolía es una neurós, una dolencia nerviosa que parte de la cabeza, y manifiesta sus principales efectos orgánicos en el vientre. Ahora bien: todo hombre que viene al mundo con dotes mentales superiores, propende á desarrollarse, á sacar de ellas el mejor partido posible. Ora cultiva el arte, ora se dé á las ciencias, ora se exponga á las borrascas de la vida pública, trata de elevarse, de distinguirse, de fundar su celebridad; desea que su nombre brille á los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad; sueña sin cesar en la gloria, y trabaja toda su vida (como ha dicho un famoso escritor) *en labrarse su estatua.*

Todo eso empero, trae por consecuencia inevitables inquietudes y zozobras, angustias precordiales, agitaciones, ya crueles y dolorosas ya deliciosas y puras, pero siempre, vivas, intensas, siempre retumbando en lo más profundo del alma.

No hay organismo capaz de resistir tamaños sacudimientos. Ese alto grado de vitalidad en que se mantienen los órganos, esa exageración de los actos funcionales de la vida, rompen necesariamente la armonía, y cesan de existir las condiciones dinámicas de la vida compatibles con la salud. Resultado: que el sistema nervioso, ya nativamente predominante, adquiere un predominio casi tiránico, y una movilidad, una irritabilidad desesperante.

La vida cerebral lo es todo, y la vida de nutrición se queda tristemente abandonada. De ahí las afecciones abdominales, concomitantes con la melancolía, la hipocondría, la manía, el mal humor, la profunda tristeza, el tedio á la vida, etc.

Unos cuantos recuerdos históricos comprobarán de lleno la teoría que acabamos de exponer rápidamente.

San Ignacio de Loyola tuvo en vida fuertes acúos de melancolía. Después de su muerte (ocurrida en 1556) hizo su autopsia el anatomista Real-Colombo, y encontró unos cálculos biliares que habían penetrado hasta la vena porta.

Lord Byron afirmó que sólo se exponía á escribir para distraerse de las realidades, para refugiarse en el ideal, *aunque fuese el ideal más horrible*, según su misma expresión.

El inmortal Newton pasó sus últimos años en la más negra hipocondría buscando el orden material y moral que el mundo presente parece contradecir de continuo.

El hombre pensador se contrista al descubrir lo poco que vale la humanidad, abandonándose á las más ardientes aspiraciones, pide á los hombres lo que no pueden darle, porque él quisiera virtudes de ángel y afecciones eternas, y acaba por hundirse en el abismo de la impotencia. De ahí el disgusto, el desden, la aversión, la melancolía vaga, y luego la melancolía profunda, y el tedio á la vida, y la idea fija de la muerte, y... el suicidio á veces. Pascal, J. J. Rousseau, Gilbert, el ya citado Byron, Larra, el pintor Gros, el cantante A. Nourrit...

El dolor más atroz, comparable tan sólo á las penas del Infierno, es el dolor del hombre de talento que tiene la conciencia íntima de la gloria, á la que es acreedor, y que, sin embargo, se pudre y se extingue en la oscuridad. Cristóbal Colon, Galileo, Copérnico, Bacon, Vico, Descartes... y otros mil, tuvieron que sufrir ese dolor imponderable. En las artes, Papin, Fulton, Amontons, Lebon, el abate l'Épée, etc., hicieron descubrimientos importantes, en que apenas fijaron la atención sus contemporáneos.

La melancolía penetra por mil vías en los pensadores distinguidos. «Porque á veces me muestro tranquilo y alegre (decía Lutero), muchos se figuran que voy pisando flores y que me baño en agua de rosas. ¡Ay! Sólo Dios sabe cuán apeñado tengo siempre el corazón.»

La irritabilidad de los grandes talentos no siempre estalla hacia fuera, sino que se recoge y se concentra á veces minando sordamente la economía. El 17 de Marzo de 1821, dos días antes de su muerte, Napoleón, agobiado por las pesadumbres

y por el dolor, decía á uno de los asistentes: «¡Aquí, aquí está el mal!» mostrando el pecho al doctor Antommarchi. Este le alargó un frasco de álcali volátil, y el augusto enfermo le contestó: «¡Hombre, no; no es debilidad; es la fuerza que me ahoga, es que la vida me mata!»

Si con un talento de primer orden se asocia un carácter débil y sin consistencia, entonces la imaginación hace de las suyas, y la meticulosidad, los terrores pueriles, las quimeras, las manías, la verdadera locura, se apoderan del individuo y le preparan un fin lastimoso.

Estudiad fisiológicamente á Rousseau, viejo ya, y azotado por el infortunio y la misantropía.

Voltaire decía (en una carta al mariscal Richelieu) que nunca había estado alegre sino de prestado.

El compositor Beethoven murió prematuramente, víctima de la melancolía en que le hizo caer el haberse vuelto sordo.

Swift murió loco.

Molière se asustaba de una mosca; llegó á ser un melancólico rematado.

Recuérdese el demonio familiar del ilustre Sócrates, y el famoso amuleto del inolvidable Pascal.

El sabio Haller se creía condenado en vida.

Priatley, el descubridor del gas oxígeno, fué víctima de sus accesos de melancolía.

Chamfort opinaba y dejó escrito que, cumplidos los cuarenta años, ningún hombre de mediano talento puede estar alegre ni un minuto.

Chénier todavía va más allá, pues dijo que, todo hombre que llega á los veinticinco años sin ser misántropo, prueba que ha venido al mundo sin corazón.

El insigne vizconde de Chateaubrian nos ha dejado también, escritas de sí mismo, las siguientes palabras: «Mi defecto capital es el fastidio, el tedio á todo el mundo, y la duda perpétua.»

He citado algunos hombres de talento y de universal nombradía; pero ¿qué sería si pudiese enumerar las miserias y dolores, las penurias y tormentos que padecen muchos de los literatos, escritores, poetas, artistas y hombres de ciencia, que con nosotros viven, y á quienes tratamos diariamente?... ¡Ah! Las celebridades contemporáneas siguen el mismo rumbo, y engrosarán en su día el catálogo de los melancólicos ilustres.

P. F. M.

MISCELANEA.

PENSAMIENTOS.

No os admireis de que os hable

con energía porque la libertad es libre y enérgica.

(*Fenelon, carta á Luis XIV.*)

No hay cosa que mejor revele el origen celestial del alma humana que las emociones que no tienen relación con la conservación de la vida material. Estas emociones que las criaturas inferiores no sienten jamás, parecen ser introducción de una existencia más elevada.

(*Madame Eedker.*)

El hombre recoge en amor lo que siembra en virtud; no hay corona que siente mejor en una cabeza cana que la gratitud de un pueblo al cual se consagra un ciudadano.

(*Henry Tryano.*)

Cultivar la felicidad de los hijos es enseñarles con la fuerza vivificante del ejemplo: que no hay error que pueda ser útil, ni verdad que pueda dañar.

(*Elvira Valenzuela.*)

En estos últimos tiempos, un sabio húngaro ha profetizado el fin del mundo, apoyándose en una infinidad de cálculos que no están á nuestro alcance. Según esos cálculos, todas nuestras querrelas políticas y sociales habrán terminado el año de gracia de 1999. Desgraciadamente, no podremos nosotros comprobar la exactitud de la profecía. Recordaremos tan sólo que el fin del mundo ha sido predicho ya cuarenta ó cincuenta veces.

Anuncióse para el año 1000, y hace ya ocho siglos bien cumplidos que hemos pasado aquel plazo terrible. Más tarde, un jefe de los bagardos, Pedro Juan, predijo para el año de 1335 la catástrofe final. Llegó su vez al español Arco, que aseguraba que la cosa no llegaría hasta 1345, y el eremita Ferrer, que consuela un poco á la pobre humanidad aplazando el fin del mundo hasta 1403. Mainfroy nos promete nueva tregua hasta 1418. Todos estos profetas de desdichas anunciaban el fin del mundo por una falta súbita del equilibrio que haría que nuestro planeta, arrasado por una carrera precipitada, se precipitara contra otro planeta que había de encontrar en su camino.

Los profetas que han predicado el fin del mundo por el fuego, son Bodin, que anunció el momento fatal para el año de 1524, y después algunos sabios colocaban el momento de la catástrofe sucesivamente en 1562, 1700, 1734 y 1789.

Este último año vió, en efecto, el fin del mundo que constituía la sociedad del siglo XVIII.

Desde 1800 hasta nuestros días, se nos ha anunciado el fin del mun-